

es afectuosas, citas oportunas, fluye
quél, "fresco y transparente como agua
de Juvencia".

En el arte de entrevistar, como en el
de hacer la semblanza, se necesita del don
intuitivo y de la imaginación. Sin defor-
mar al personaje en su realidad psicológi-
ca y mental, estos elementos —la intuición
y la imaginación— lo iluminan de galas,
de magia, de esplendor, que lo tornan ante
los otros en un ser digno de admiración y
de leitesía. Tampoco debe deshumanizarse,
como si lo corpóreo no tuviese sus lue-
ces y sombras, sus rectas y curvas. El de-
masiado apego al todo y al detalle, a lo
columinoso y al dato, como si se tratase
de un fichero o de una tabla de examen,
se convierte a la entrevista o a la semblanza,
en algo mecánico, aburridor. Los mismos
defectos y puerilidades del personaje serán
expresados con gracia y talento. ¿Cuál es
el objeto de esta clase de escarceos litera-
rios? ¿Por qué se les prefiere y se les dis-
fruta intensamente? Porque, además de
constituir una modalidad del periodismo
moderno, colaboran en el conocimiento de
los hombres excepcionales en las diferentes
órbitas del saber, del arte, de la política,
de la economía, de la educación, como
ayudan al conocimiento de la cultura de
otras latitudes, puesto que son los expo-
nentes. Aunque el libro de Trigueros de
León se circunscribe únicamente a litera-
tos y poetas, es guía para la juventud so-
ñadora. Lejos del carácter preceptivo y
crítico, en él aprenderá las normas a las
cuales se sujetan los grandes espíritus
creadores. Enrique González Martínez, a
su muy avanzada edad, continuó estudian-
do y produciendo, "fiel a su vocación y
a su destino". ¿Y Alfonso Reyes? ¿Y Luis
Alberto Sánchez? ¿Y Miguel Angel As-
turias? En arte y en letras no se impro-

visa nunca, se trabaja hasta contemplar
"la línea del Infinito". El mismo Alfonso
Reyes declaró: "yo no espero a que la ins-
piración baje de lo alto, yo la provoqué y la
docilito para bien de mi obra".

De la generación pasada, Arturo Am-
brogi fue un completo hombre de letras.
Era un excelente catador de la buena li-
teratura y a la vez un índice autorizado.
Por él se estaba al tanto de las últimas no-
vedades, hasta de los detalles escondidos de
los escritores eximios. Un día nos hablaba
con enardecimiento de la novela francesa,
otro la negaba con acritud. Un día la no-
vela alemana le entusiasmaba a tal nivel
que la sobreponía a aquélla, pero a poco
la rechazaba inclementemente. Murió ad-
mirando a la novela rusa, sobre todo la no-
vela clásica, por estar libre de tendencias
unilaterales y dogmáticas en lo literario
y social. Pero esta aparente versatilidad a
lo Jaén Morente, el humanista español de
nuestro conocimiento, no indicaba falta de
solidez en el criterio. Arturo Ambrogi era
un insatisfecho y un exigente de sí mismo
y de los demás. Esta es la verdad. Trigu-
eros de León, de las promociones posterio-
res, es también un hombre de letras por
temperamento, vocación, información y
ejercicio. Siempre se encuentra al día acer-
ca de las corrientes, escuelas y rumbos
que la literatura y la poesía toman en su
desarrollo. ¿Cómo podría ser profesor de
la materia, Director de un Departamento
Editorial y escribir entrevistas y semblan-
zas, como las contenidas en su libro *Perfil
en el Aire*, si no poseyera ese fervor y res-
peto por la palabra? "Se necesita mucha
audacia para sentirse escritor en esta épo-
ca —dice Walter Bénéke— cuando aún
no se han podrido los huesos de un Claudel
y de un Tomás Mann". No sobra la dis-
ciplina en el proceso creador.

Cultura (Su Salud)
7 (1956)

JORGE LUIS BORGES

Por AUGUSTO MONTERROSO

Cuando se traba conocimiento con las
obras de Jorge Luis Borges se experi-
menta igual sensación que cuando se ha
adquirido una enfermedad. No estába-
mos preparados para ella y el desasosie-
go que nos acomete se suma a la duda
de si terminará algún día o si el mal
concluirá por exterminarnos. Supongo
que no se puede hacer mejor elogio de
un escritor. De la misma forma existen
las enfermedades que conocemos con los
nombres (para no ir más lejos) de
Proust, de Joyce, de Kafka. Nos asal-
tan, se apoderan de nosotros, y durante
mucho tiempo pensamos y procedemos
pícciana o kaskianamente, así como en
ocasiones el tuberculoso acaba por no
ser más que la expresión de sus corres-
pondientes bacilos.

Menos conocido que otros escritores
argentinos, menos accesible, Jorge Luis

Borges representa, sin embargo, una de
las más válidas aportaciones del pensa-
miento hispanoamericano a la cultura
universal. Si escribiera en inglés lo de-
voraríamos en malas traducciones. En
realidad es poseedor de dotes tan pecu-
liares, tan excepcionales, que las seis
palabras iniciales de este párrafo resul-
tan una mera tautología. Desde sus pri-
meros ensayos hasta sus más recientes
críticas de cine no ha publicado una lí-
nea, por más que en su rigor él se em-
peñe en reconocer muy poco, carente de
valor o de pasión. Cuando busco un
nombre de Hispanoamérica para com-
pararlo en este sentido, sólo puedo en-
contrar, entre los vivos, el de Alfonso
Reyes. Ambos son, sin duda, los escri-
tores más rigurosos, más amorosamente
entregados al lúcido desentrañamiento
de problemas literarios, a la creación de

estos problemas, al estudio de la literatura, a ser ellos mismos materia de este estudio.

Parece que en la Argentina a Borges se le acepta o se le rechaza de plano. Es fácil sospechar quiénes son los que se pronuncian por esta última actitud. Bien los conocemos. Son aquellos que enamorados de la selva americana (que no conocen) creen ver en aquél que no se recrea describiendo la presumible belleza selvática, las tediosas fiebres brasileñas o la deplorable sequía del agro mexicano, un enemigo de lo que con modestia llaman "su" América. Como si la selva o el desierto no fueran, menos que temas literarios, objetos de pesadumbre. En todo caso, la acusación de europeísmo enderezada contra Borges, si no injusta en exceso, está suficientemente desmentida en lo que a despego de la patria se refiere, con el fervor de *Fervor de Buenos Aires*, con los poemas de su etapa "criollista", hasta (hay para todos los gustos) con sus inteligentísimas interpretaciones de letras de tangos, en las que éstas siempre adquieren una insospechada dignidad. Sabemos también, por fortuna, que en nuestro medio se trata de extranjerizante a cualquiera que se atreva a afirmar que X X, europeo, se expresa con relativa mayor claridad, digamos, que Cantinflas. (Debemos a Borges sus excelentes traducciones de Faulkner, de Kafka, de Melville, de Virginia Woolf; su expectante curiosidad por lo mejor que se produce fuera de su país; su intenso y vasto conocimiento de literaturas orientales, reflejado en su obra en abundantes alusiones a legendarios, o tan sólo posibles, pensadores chinos; a libros de elaboración infinita, a concentraciones de letras

de significado oculto, o mortal, o inútil, o, simplemente, nulo).

Acostumbrados como estamos a cierto tipo de literatura, a determinada manera de conducir un relato, de resolver un poema, de encadenar las palabras, no es extraño que los modos de Borges nos sorprendan y que desde el primer momento lo aceptemos o no. Aparte del purísimo manejo que hace del idioma, de la inusitada brillantez que confiere al cansado castellano, su principal recurso literario es precisamente éso: la sorpresa. En la totalidad de sus obras, en todas sus líneas, largas o cortas, el lector que lo conoce de antemano sabe que de un renglón a otro está gratamente condenado a ser sorprendido. Desde la primera palabra de cualquiera de sus cuentos, todo puede suceder. Sin embargo, la lectura de conjunto nos demuestra que lo único que podía suceder era lo que el autor, dueño de un rigor lógico implacable, se propuso desde el principio sin que por esto deje a veces de complacerse en señalarnos, en una forma muy suya, otras posibles soluciones. Así en el extraordinario relato policial en que el detective es atrapado sin piedad (víctima de su propia inteligencia, de su propia trama sutil), y muerto, por el desdenoso criminal; así en la melancólica revisión de la supuesta obra del gnóstico Nils Runeberg, en la que se concluye, con tranquila certidumbre, que Dios, para ser verdaderamente hombre, no encarnó en un ser superior entre los hombres como Cristo, o como Alejandro o Pitágoras, sino en la más abyecta y por lo tanto más humana envoltura de Judas; así en el cíclico poema que comienza: "Lo supieron los arduos alumnos de Pitágoras". Este ca-

mino nos conduciría a hacer un catálogo de sus obras completas. Por otra parte, como hemos visto en Shakespeare el teatro dentro del teatro, no son extraños a algunos de sus relatos los argumentos superpuestos o colaterales.

La sorpresa no se constriñe en Borges al final inesperado. Eso sería demasiado fácil y cualquiera podría hacerlo. Dentro de la sorpresa puramente anecdótica se da con frecuencia la sorpresa de los detalles; dentro de éstos, la sorpresa verbal. Apenas existe una línea suya que no lleve en sí —*cual entre flor y flor duerpe escondida*— un elemento sorprendente, encomendado casi siempre al verbo menos cómodo, al adjetivo más imprevisto. Y esto sería también demasiado fácil si todo se quedara en curiosos juegos de palabras y no constituyeran, como es la verdad, a pesar de su riqueza formal, admirables vehículos de pensamientos profundos, valederos por sí mismos. Lo novedoso de sus puntos de vista, lo insólito de sus proposiciones, nos hace pensar que no hay temas agotados. Su odio a lo obvio nos encara a la inexistencia de lo obvio.

Quando un libro se inicia, como *La Metamorfosis* de Kafka, proponiendo: "Al despertar Gregorio Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto", al lector, a cualquier lector, no le queda otro remedio que decidirse, lo más rápidamente posible, por una de estas dos inteligentes actitudes: o tirar el libro y exclamar "No puedo seguir", o leerlo hasta el fin sin interrupción.

Conocedor de que son innumerables los aburridos lectores que se deciden por la comfortable solución exclamato-

ria, Borges no nos aturde adelantándonos el primer golpe. Es más elegante o más cauto. Como Swift en los *Viajes de Gulliver* principia contándonos con inocencia que es apenas tercer hijo de un inofensivo pequeño hacendado, el argentino, para introducirnos a las maravillas de Tlon, prefiere instalarse en una quinta de Ramos Mejía, acompañado de un amigo, tan real, que ante la vista de un inquietante espejo se le ocurre "recordar" algo como esto: "Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres". Sabemos que este amigo, Adolfo Bioy Casares, existe, que es un ser de carne y hueso, que escribe asimismo fantasías; pero si así no fuera, la sola atribución de esta frase justificaría su existencia. En las horrorosas alegorías realistas de Kafka se parte de un hecho absurdo o imposible para relatar a seguida todos los efectos y consecuencias de este hecho con lógica sosegada, con un realismo difícil de aceptar sin la buena fe o sin la credulidad previa del lector: así en *La Metamorfosis*, en *La Edificación de la Muralla China*, en *Un Artista del Trapecio*, en *El Proceso*; pero siempre tiene uno la convicción de que se trata de un puro símbolo, de algo necesariamente imaginado. Cuando se lee, en cambio, *Tlon, Uqbar, Orbis Tertius*, de Borges, lo más natural es pensar que se está leyendo un simple y hasta fatigoso ensayo científico tendiente a demostrar, sin mayor énfasis, la existencia de un planeta desconocido. Muchos lo seguirán creyendo durante toda su vida. Algunos tendrán sus sospechas y repetirán con ingenuidad lo que aquel obispo de que nos habla Rex Warner, el cual, refiriéndose a los he-

chos que se relatan en los Viajes de Gulliver, declaró valerosamente que por su parte estaba convencido de que aquello no era más que una sarta de mentiras. Un amigo mío, de cierta cultura, llegó a desorientarse en tal forma con *El jardín de senderos que se bifurcan*, de nuestro autor, que con muestras de gran contento me confesó que lo que más le seducía de La Biblioteca de Babel, incluido en ese libro, era el indudable rasgo de ingenio que significaba el epígrafe, tomado de la *Anatomía de la Melancolía*, libro, según él, a todas luces apócrifo. Cuando le mostré el volumen de Burton y creí probarle que lo inventado era lo demás, optó desde ese momento por creerlo todo, o nada en absoluto, no recuerdo.

A lograr este efecto de autenticidad contribuye la inclusión de personajes reales como Alfonso Reyes, de presumible realidad como Jorge Berkeley, de lugares sabidos y familiares, de obras menos al alcance de la mano pero cuya existencia no es improbable como la Enciclopedia Británica, a la que se le puede atribuir cualquier cosa; el estilo reposado y periodístico a la manera de De Foe; la constante firmeza en la adjetivación, ya que son incontables las personas a quienes nada convence más que un buen adjetivo en el lugar preciso.

El jardín de senderos que se bifurcan y *Ficciones* son muestras admirables de invención, de belleza literaria; son muestras admirables de que en el campo de la literatura imaginativa nuestros

países pueden, con este solo caso, competir ya, en un plano de igualdad y aun de ventaja, con los mejores ejemplos mundiales del género.

Cada vez que un escritor logra crear un estilo, se dice de éste que es inimitable. El inimitable estilo de Fulano de Tal. Lo que no es cierto. El verdadero elogio consistiría, quizá, en decir lo contrario. Ninguno más *imitable* que el de Borges. Véase cualquier número de la revista *Sur* de Buenos Aires. Búsquense las reseñas de libros. No tardará en aparecer en casi todas ellas el adjetivo sugerido por el recuerdo de Borges, el verbo dictado por la influencia de Borges, la conclusión más o menos debida a los modos de Borges. Sospecho que serán escasos los que después de leerlo no se sientan compelidos a permitirse el uso de sus procedimientos. Lo que no tiene nada de raro, ni siquiera de malo. Este fenómeno se da siempre que alguien consigue reunir novedosamente las palabras, como en el caso de Lugones en la Argentina y de López Velarde en México. Nos sentimos incapaces de no tratar de hacer lo mismo, atraídos por su insospechado brillo. De esta suerte, cuando leemos a Chesterton resultamos viendo el mundo en forma adverbial y no hay situación que no nos parezca *ligeramente* esto, *levemente* lo otro, si ya no es que entramos a sacarnos en los adjetivos peculiares del autor, tales como *sinistro*, *alevoso*, *infernado*, aplicados a las cosas más inocentes de la tierra. Librarse de esta tentación no constituye un pequeño esfuerzo.

Teoría literaria

Algo Más Sobre los Géneros Literarios

Por JUAN A. AYALA

En el primer número de la revista CULTURA (Enero-Febrero de 1955) el escritor salvadoreño Luis Rivas Cerros analizó el problema de los géneros literarios a través de la exposición hecha por Luis Alberto Sánchez en su discutida obra, *Proceso y Contenido de la Novela Hispanoamericana*. Este escritor peruano —al cual hemos combatido más de una vez por su superficialidad e improvisación al tocar muchos temas— no hace sino repetir la vieja teoría de Croce al afirmar taxativamente que *no existen los géneros literarios*. Todas las premisas de su razonamiento están copiadas, calcadas, plagiadas y robadas, sin pudor, de Croce. Según Luis Alberto Sánchez: "La belleza es una y su expresión escrita, la literatura, se la divide sólo para entenderla". Dice Croce (*Breviario de Estética*, primera edición italiana, 1918): "Esta errónea doctrina toma cuerpo en dos series sistemáticas, una de las cuales es conocida como teoría de los géneros literarios o artísticos —lírico, drama, novela, poesía épica o novelesca, idilio, comedia, tragedia... Como cada obra de arte expresa un estado de alma, y el estado de alma es individual y siempre nuevo, la intuición supone intuiciones infinitas que no nos es posible encerrar en un casillero de géneros, a menos de que esté compuesto de infinitas casillas de intuiciones y no de géneros. El género o la clase es, en este caso, uno solo: el arte mismo o la intuición, cuyas singulares obras son infinitas, todas originales, todas ellas imposibles de traducir en otras —porque traducir, traducir con vena artística, es crear una nueva obra de arte— y todas rebeldes con relación a la inteligencia clasificadora..." Creo que bastan estos breves párrafos, tomados al azar, para demostrar que la originalidad de Luis Alberto Sánchez es muy dudosa, como lo